

## Juan da testimonio

*Al principio Dios creó el cielo y la tierra. La tierra era algo informe y vacío, las tinieblas cubrían el abismo, y el soplo de Dios se cernía sobre las aguas. Entonces Dios dijo: “Que exista la luz”. Y la luz existió. Dios vio que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas; y llamó Día a la luz y Noche a las tinieblas. Así hubo una tarde y una mañana: este fue el primer día.*

*Dios dijo: “Hagamos al ser humano a nuestra imagen, según nuestra semejanza; y que le estén sometidos los peces del mar y las aves del cielo, el ganado, las fieras de la tierra, y todos los animales que se arrastran por el suelo”. Y Dios creó al ser humano a su imagen; los creó a imagen de Dios, los creó varón y mujer. Y los bendijo, diciéndoles: “Sean fecundos, multiplíquense, llenen la tierra y sométanla; dominen a los peces del mar, a las aves del cielo y a todos los vivientes que se mueven sobre la tierra”. Y continuó diciendo: “Yo les doy todas las plantas que producen semilla sobre la tierra, y todos los árboles que dan frutos con semilla: ellos les servirán de alimento. Y a todas las fieras de la tierra, a todos los pájaros del cielo y a todos los vivientes que se arrastran por el suelo, les doy como alimento el pasto verde”. Y así sucedió. Dios miró todo lo que había hecho, y vio que era muy bueno. Así hubo una tarde y una mañana: este fue el sexto día (Gn. 1, 1-5 y 26-31).*

*Tenía confianza, incluso cuando dije:*

*“¡Que grande es mi desgracia!”*

*Yo, que en mi turbación llegué a decir:*

*“¡Los hombres son todos mentirosos!”.*

*¿Con qué pagaré al Señor  
todo el bien que me hizo?*

*Alzaré la copa de la salvación  
e invocaré el nombre del Señor.*

*Cumpliré mis votos al Señor,  
en presencia de todo el pueblo.*

*¡Que penosa es para el Señor  
la muerte de sus amigos!*

*Yo, Señor, soy tu servidor,  
tu servidor, lo mismo que mi madre:  
por eso rompiste mis cadenas.*

*Te ofreceré un sacrificio de alabanza,  
e invocaré el nombre del Señor (Sal. 116, 10-17).*

*Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que hemos tocado con nuestras manos acerca de la Palabra de Vida, es lo que les anunciamos. Porque la Vida se hizo visible, y nosotros la vimos y somos testigos, y les anunciamos la Vida eterna, que existía junto al Padre y que se nos ha manifestado. Lo que hemos visto y oído, se lo anunciamos también a ustedes, para que vivan en comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Les escribimos esto para que nuestra alegría sea completa.*

*La noticia que hemos oído de él y que nosotros les anunciamos es esta: Dios es luz, y en él no hay tinieblas. Si decimos que estamos en comunión con él y caminamos en las tinieblas, mentimos y no procedemos conforme a la verdad. Pero si caminamos en la luz, como él*

*mismo está en la luz, estamos en comunión unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesús nos purificó de todo pecado.*

*Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos y purificarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos pasar por mentiroso, y su palabra no está en nosotros.*

*Hijos míos, les he escrito estas cosas para que no pequen. Pero si alguno peca, tenemos un defensor ante el Padre: Jesucristo, el Justo. Él es la Víctima propiciatoria por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros sino también por los del mundo entero (1ª Jn. 1 - 2:2).*

*Corrió al encuentro de Simón Pedro y del otro discípulo al que Jesús amaba, y les dijo: "Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto". Pedro y el otro discípulo salieron y fueron al sepulcro. Corrían los dos juntos, pero el otro discípulo corrió más rápidamente que Pedro y llegó antes. Asomándose al sepulcro, vio las vendas en el suelo, aunque no entró. Después llegó Simón Pedro, que lo seguía, y entró en el sepulcro: vio las vendas en el suelo, y también el sudario que había cubierto su cabeza; este no estaba con las vendas, sino enrollado en un lugar aparte. Luego entró el otro discípulo, que había llegado antes al sepulcro: él también vio y creyó (Jn. 20, 2-8).*

#### *Otra celebración*

Estamos en el tercer día después de Navidad y ya tenemos otra fiesta, otra celebración. Hoy recordamos a Juan, el apóstol, el evangelista, el autor de numerosas cartas, el que murió en el exilio añorando a su comunidad y exhortándolos al amor al Señor y al prójimo.

Juan escribe su carta con alegría, desea compartir esa alegría con todos, especialmente con los creyentes en Cristo Jesús. *Les escribimos esto para que nuestra alegría sea completa (1 Jn. 1, 4).* Es completa cuando todos participan de ella. Sus escritos son tan profundos, densos, que en ocasiones olvidamos que su motivación es la alegría por la presencia salvadora de Dios. No es un sentimiento pasajero, sino una vivencia que perdura, una práctica que alienta, una confianza en Dios que se muestra en el amor. Es la fe en la persona de Cristo Jesús, resucitado de entre los muertos, presente entre nosotros en las Escrituras, en la Eucaristía, en el pan y la justicia compartidos en la comunidad de los que creen, la Iglesia, y con todos los frágiles y desposeídos de este mundo.

En un momento de su vida, Juan escribió lo que dijo Jesús en la noche del que llamamos Jueves Santo: *Les aseguro que ustedes van a llorar y se van a lamentar; el mundo, en cambio, se alegrará. Ustedes estarán tristes, pero esa tristeza se convertirá en gozo. La mujer, cuando va a dar a luz, siente angustia porque le llegó la hora; pero cuando nace el niño, se olvida de su dolor, por la alegría que siente al ver que ha venido un hombre al mundo. También ustedes ahora están tristes, pero yo los volveré a ver, y tendrán una alegría que nadie les podrá quitar (Jn. 16, 20-22).* Palabras relevantes tanto en cuanto al nacimiento, la Navidad, como respecto a la muerte y resurrección, de Jesús, su pasión, crucifixión y resurrección.

Nosotros, en estos días, profundizamos en la celebración del nacimiento del niño de María, el niño de Dios, lo que se expresa con una profunda alegría impregnada por el asombro, por la fascinación ante el amor que expresa nuestro Dios para con nosotros, para con todos. Dios Padre engendra a Cristo y lo envía a vivir y morir entre nosotros, a compartir nuestro caminar, a conocer y vivir nuestra humanidad. Y, en él mismo, el Padre nos ha engendrado también a nosotros, sus queridas hijas y sus queridos hijos, todos los que nacemos del agua y del Espíritu Santo, los que somos hechos sus hijos y sus hijas mediante la sangre de la muerte

redentora de Jesús. Ocurra lo que ocurra, en la historia y en nuestra vida, nadie ni nada puede apartarnos de esa alegría, fuente de nuestra esperanza y fuerza que sostiene y orienta nuestras vidas.

Durante esa larga despedida en el evangelio, Jesús presenta una imagen: la de la mujer que va a dar a luz y sufre en el trance, pero que cuando el niño nace se olvida de su sufrimiento ante la alegría del nuevo ser ya nacido. Así el Padre da a luz al Hijo por el poder del Espíritu Santo y lo levanta, nace de nuevo en la resurrección a la manera como levantamos a los bautizados y las bautizadas, empapados en las aguas del Espíritu para la vida nueva.

Todo comienza con María Magdalena, azorada al descubrir que el cuerpo de Jesús no estaba en el sepulcro. Ella se echa a correr para buscar a Pedro y al otro discípulo, Juan, y con cierta incoherencia les brinda su comprensión de lo sucedido. Su noticia es un lamento, el penar de quien quiere saber el paradero de aquel a quien amaba y seguía, su Maestro. Los discípulos se apresuran, Juan –más joven– llega primero, pero por consideración al mayor lo espera. Pedro entra, los dos vieron las vendas en el suelo. Ya Juan había descrito en el evangelio la resurrección de Lázaro afirmando que sale de la tumba *con los pies y las manos atados con vendas y el rostro envuelto en un sudario (Jn. 11. 44)*. Lázaro necesita de ayuda para que se le quiten las vendas y el sudario, pero así no es con Jesús. Como Jesús se sacó el manto y se ciñó la toalla para lavar los pies a sus discípulos, así ahora se ha sacado las vendas y el sudario. Y la experiencia de Juan ante esta situación nos la narra el mismo texto: *Luego entró el otro discípulo, que había llegado antes al sepulcro: él también vio y creyó (Jn. 20, 8)*.

Y aclara el autor que todo fue puesto en el evangelio para que: *Crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y creyendo, tengan Vida en su Nombre (Jn, 20, 31)*. Este es el anuncio para que brote en nosotros la alegría.

Juan murió exilado en la isla de Patmos, amaba la Palabra –Cristo Jesús– amaba a Dios por todo lo que hizo y hace a favor nuestro. Y nosotros, hoy, celebramos el don que es Juan, el amado, para la Iglesia toda, para cada uno de nosotros, celebramos su larga vida, fiel y humilde, marca por el destierro doloroso, por su carta que canta al amor de Dios en Cristo Jesús, y así comparte su alegría para que la nuestra sea completa. En Jesús el Salvador.